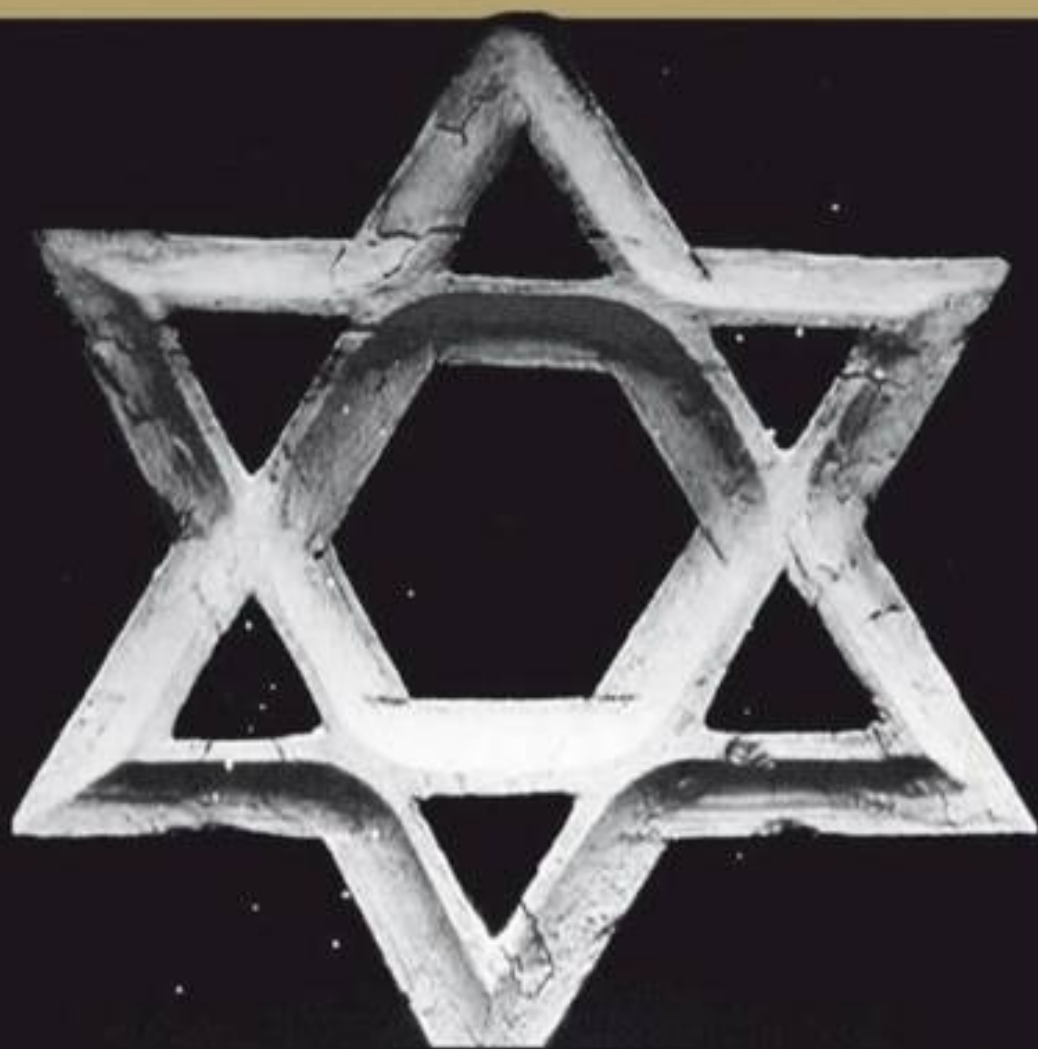


# el GÓLEM

Gustav Meyrink

Edición y traducción de Isabel Hernández



Tomando como punto de partida la vieja leyenda judía del monstruoso gólem, un ser artificial fabricado por un rabino que le insuflaba la vida escondiéndole en la boca un pedazo de pergamino con una palabra mágica escrita en él, el maestro de la literatura fantástica Gustav Meyrink teje con total brillantez una novela poética y cautivadora que atrapa al lector desde el principio y ya no lo suelta. Son muchos los que han glosado las bondades de «El gólem», y en palabras de Jorge Luis Borges, uno de esa larga lista de notables enamorados de la obra del escritor vienés: «Novalis anheló alguna vez “narraciones oníricas, narraciones inconsecuentes, regidas por asociación, como sueños”. Tan fácil es componer narraciones de esas como imposible es componerlas de modo que no sean ilegibles. “El gólem” increíblemente es onírico y es lo contrario de ilegible. Es la vertiginosa historia de un sueño. En los primeros capítulos (los mejores) el estilo es admirablemente visual; en los últimos arrecian los milagros de folletín (...). No sé si “El gólem” es un libro importante; sé que es un libro único».

# Introducción

## GUSTAV MEYRINK: BIOGRAFÍA DE UNA OBRA

Si hay un autor del que pueda decirse que biografía y obra están estrechamente relacionadas entre sí hasta el extremo de llegar a confundirse una con otra por momentos, ese es Gustav Meyrink. Tal afirmación puede que resulte un tanto manida, pues en toda obra literaria quedan patentes, por lo general, huellas evidentes de la biografía de su autor, pero lo que es cierto es que en la obra de Meyrink no hay un solo elemento tras el que no puedan descubrirse reminiscencias de las experiencias vividas por él en las diferentes etapas de su vida.

Meyrink, que, en realidad, se apellidaba Meyer, nació el 19 de enero de 1868 en el hotel «Blauer Bock» («El carnero azul») de Viena, a la una y media del mediodía. Era hijo ilegítimo de la actriz bávara Maria Wilhelmine Adelheid Meyer<sup>[1]</sup>, de veintisiete años de edad, y del ministro de Estado de Württemberg, Gottlob Karl, barón de Varnbühler y de Hemmingen, de cincuenta y nueve, quien, en aquel momento, se encontraba en el cénit de su carrera política. El reconocimiento de un hijo ilegítimo hubiera supuesto para él el fin de la misma, por lo que su función como padre se limitó exclusivamente a la financiación de la educación del pequeño, el cual en ningún momento de su vida trató de entablar contacto con él, e incluso llegó a rechazar en 1919 la propuesta de entrar a formar parte de su familia. Pero tampoco hacia su madre, que lo educó sola, sintió Meyrink nunca un gran afecto. El futuro escritor siempre percibiría

que su nacimiento supuso para ella en realidad un obstáculo y una limitación de sus libertades, de manera que a lo largo de toda su vida no faltaron entre ambos las tensiones y las disputas que poco a poco fueron acrecentando en él un odio visceral hacia su madre. Algunos años más tarde, para distanciarse de ella, el escritor decidió adoptar una variante del apellido de sus ancestros maternos, Meyerink.

Dadas estas premisas, su infancia debió de ser, en general, muy desgraciada. Por un lado, desde el punto de vista personal, el contacto con sus progenitores era nulo, pues su madre apenas tenía tiempo para él; por otro, desde el punto de vista social, Meyrink aprendió desde muy pronto lo que suponía tener un origen ignominioso en el seno de la sociedad de la época. Además, los contratos de su madre con diferentes teatros le obligaron a cambiar constantemente de lugar de residencia: entre 1874 y 1880 fue a la escuela en Múnich, de 1881 a 1883 fue alumno del Johanneum de Hamburgo, y tras concluir el bachillerato estudió en Praga, entre 1883 y 1888, la especialidad de banca comercial en la Academia de Comercio de esta ciudad. Pero más que estos traslados fue la falta de amor y de cariño lo que marcó de manera decidida la vida del futuro autor, reflejo de lo cual es el ingente número de personajes femeninos de características extremadamente negativas que aparecen por doquier a lo largo de su obra.

A pesar de la falta de atención familiar, los estudios realizados le permitieron sentar las bases para la vida propiamente burguesa con la que anhelaba llegar a obtener el reconocimiento social que siempre le había faltado. Junto con un sobrino del poeta Christian Morgenstern fundó en 1889 el banco Meyer & Morgenstern. Durante estos años, Meyrink cambia su aspecto físico y empieza a llamar la atención en la ciudad por sus llamativos trajes y sus muchas excentricidades, que pronto le otorgan la fama de ser un noble de origen ilegítimo y un *snob*. Entre las más conocidas se cuentan la adquisición de uno de los primeros auto-

móviles que circularon por Praga, con el que atemorizaba a los transeúntes de las calles de la ciudad, así como su afición por los duelos. Durante estos años, Meyrink llegó a contarse entre los doscientos hombres más ricos de la ciudad, y era tenido por un gran conversador, ingenioso y erudito, al que Max Brod incluso llegó a atribuir cierta similitud con Johannes Brahms, del que se decía que no abandonaba un café sin antes disculparse ante todos aquellos clientes a los que no hubiera ofendido esa noche<sup>[2]</sup>. Esa forma de actuar, sin embargo, estaba en total contradicción con el hecho de que Meyrink, desde bien pequeño, no había dejado nunca de luchar contra sus muchos conflictos internos, y tampoco lo hacía con su carácter, introvertido por naturaleza. Fue precisamente el hecho de vivir inmerso en esta contradicción lo que le llevó a intentar suicidarse el día de la Ascensión de 1891. Por fortuna, el intento salió mal, aunque desde ese día su vida dio un giro radical y se adentró en un nuevo mundo que hasta entonces le había pasado desapercibido, pero que no abandonaría ya jamás: las ciencias ocultas. Él mismo describió ese momento con estas palabras:

[...] yo pensaba que los amoríos, el ajedrez y el remo eran lo único que tenía sentido en la vida. Como a quien marcaba mi destino aquellos presupuestos le depararon grandes preocupaciones, un buen día me dio tal latigazo que, de pura aflicción y otros sentimentalismos, decidí coronar mi joven existencia (entonces tenía veintitrés años) con ayuda de un revólver bulldog. Un ruido en la puerta de mi cuarto de soltero me hizo detenerme: el destino, disfrazado de mozo de librería, había metido por debajo del umbral un cuadernillo. Si hubiera tenido fuera un buzón, hoy no estaría vivo. Cogí el cuadernillo y lo hojeé. Contenido: ¡espiritismo, historias de fantasmas, brujería! Ese terreno que, hasta entonces, solo conocía de oídas despertó en aquel momento tal

interés en mí que guardé el revólver en el cajón para una mejor ocasión posterior, y decidí no desterrar de mi vista mis tres viejos divertimentos, como había hecho con el arma, sino enviar el barco de mi vida a viajes de descubrimiento hacia aquel territorio del que el cuadernillo tanto hablaba. Me metí en el mar. En un mar sin orillas de libros de ocultismo<sup>[3]</sup>.

El folleto, que llevaba el llamativo título de «Sobre la vida después de la muerte», le salvó la vida y decidió de repente una nueva orientación de la misma, que no cambiaría ya hasta el final de sus días, a pesar de verse expuesto debido a ello a numerosas críticas que culminaron en una calumnia levantada por su propio cuñado, quien el 18 de enero de 1902 lo acusó de haberse servido del espiritismo para prosperar en sus negocios.

Aun a pesar de la fama de mujeriego que lo perseguía, Meyrink contrajo matrimonio en dos ocasiones: la primera en 1892 con Hedwig Aloisi Certl; la segunda, tras lo desdichado de esta unión, con Philomena Bernt en la ciudad de Dover en 1905, fecha en la que pudo por fin obtener el divorcio que su primera esposa le negaba. Con Philomena tuvo dos hijos: una niña, Felizitas Sybille, nacida en 1906 en Montreux, y un niño, Harro Fortunat, que vendría al mundo dos años después en Múnich, y que se suicidaría en 1932, tras haber sufrido un accidente de esquí que le causó una lesión incurable en la columna vertebral.

La vida de Meyrink a partir del momento en que entró en contacto con el ocultismo y las sociedades secretas puede dividirse en dos periodos bien diferenciados: el de los experimentos con las ciencias ocultas y el dedicado a los ejercicios de yoga. Un motivo constante en ambas fases es, en cualquier caso, la búsqueda del ser oculto que dirige nuestras vidas, una idea que él mismo definió de la siguiente manera:

El individuo no es un ser único, es un ser doble que, por poner un ejemplo, va en un coche: uno, el que lo guía, con la vista hacia delante, hacia el futuro; el otro, el «ser terrenal», con el rostro hacia atrás, hacia el pasado, y por ese motivo incapaz de conocer el futuro. El que conduce lleva el coche adonde le parece; el otro solo es el pasajero. Este, convencido de que el coche no le pertenece más que a él, cree poder viajar adonde le apetezca. Su desgracia es que cree que él mismo es quien conduce. No conoce al auténtico conductor, porque va sentado de espaldas a él. Si lo viera de repente, creería haber encontrado a Dios, y estaría aún más lejos que antes del verdadero conocimiento. Si le fuera posible charlar con el que conduce, entonces tendríamos algo parecido a la magia<sup>[4]</sup>.

Meyrink escribió estas palabras durante los últimos años de su vida, es decir, tras un largo periodo de vivencias personales relacionadas con las prácticas ocultistas, a partir de las que llevó a cabo también un buen número de experimentos concretos, como el uso del hachís para inducir visiones, la manipulación de los resultados de los duelos con huevos enterrados bajo arbustos de saúco, la autocuración de enfermedades supuestamente mortales, el envío de mensajes telepáticos a su esposa y un largo etcétera. Sus conocimientos ocultistas le dieron incluso la posibilidad de hacer una última visita después de muerto a algunas personas por él escogidas<sup>[5]</sup>. Asimismo hay documentos que atestiguan las actividades de Meyrink como miembro de diversas logias y asociaciones: en 1892 recibió el grado de S I de una sociedad francesa, en 1897 fue admitido como miembro de la Orden de los Iluminados con el nombre de Dagobert, y es sabido que también tuvo contactos con algunas sociedades inglesas. No obstante, tanto los muchos experimentos, como la fundación en 1891 de la logia bautizada como «La estrella azul» no deben llevar a pensar que



el autor aceptara ciegamente estas creencias, sino más bien todo lo contrario, pues fue enormemente crítico con el espiritismo y el ocultismo practicados en su época, y que él consideraba como una manifestación degenerada de las ciencias ocultas, que se había expandido igual que una «epidemia espiritual» y que cualquiera se creía capacitado para practicar.

Durante estos años su vida tampoco fue un camino de rosas: una demanda por adulterio le costó la cárcel durante catorce días. Meyrink afirmó siempre su inocencia y, tras ser puesto en libertad, demandó a un oficial por falso testimonio. No obstante, una vez confirmada la calumnia, la libertad le duró poco, pues en esos mismos días llegó la acusación de estafa de su cuñado por haber vendido supuestamente a una clienta unos valores que no eran tales. Las habladurías y las sospechas que circulaban por Praga acerca de que Meyrink estaba en bancarrota y de que utilizaba el espiritismo para sus estafas y engaños, así como de que en ocasiones se había hecho pasar por hijo del rey Luis II para conseguir notables beneficios, salieron todas a colación en el juicio. Al final, pudo demostrarse que la clienta era una falsa testigo contratada por el cuñado y Meyrink fue puesto en libertad. Le habían dado la razón, pero las duras sesiones del juicio público y los dos meses y medio de reclusión minaron sin remedio su salud, su negocio y su reputación, de modo que, aunque el tribunal lo absolvió de los delitos de los que se le acusaba, la sociedad de Praga no fue capaz de hacer lo mismo y quedó excluido de ella desde ese mismo momento.

Fue precisamente el fracaso de su vida burguesa lo que llevó a Meyrink directamente a la literatura, animado por su amigo, el escritor Oskar Schmitz (1873-1931), uno de los intelectuales más críticos con la Alemania Guillermina, miembro de la bohemia múniquesa. Empezar a escribir no le resultó nada difícil, sino todo lo contrario, pues las circunstancias vitales, así como su propia situación emocional, dieron

a Meyrink alimento suficiente para la crítica y la sátira. No es de extrañar, pues, que iniciase rápidamente una colaboración con la revista *Simplicissimus*<sup>[6]</sup>, donde publicó su primera narración: *El soldado apasionado* (*Der heiße Soldat*). Los trabajos que continuó publicando en ella fueron siempre elogiados por autores de la talla de Karl Kraus o Erich Mühsam, lo cual dice mucho de los primeros pasos de Meyrink en el mundo de las letras. Y lo cierto es que su éxito literario comenzó con sus publicaciones para esta revista, aunque también tuvieron una acogida muy positiva las editadas en *Marzo* (*März*). El éxito de sus escritos fue tal que ya en 1903 se editó un volumen con una amplia selección de ellos, el cual alcanzó un total de 85 000 ejemplares vendidos y al que siguieron otros tres en un espacio de tiempo relativamente breve<sup>[7]</sup>. Una selección de sus sátiras fue traducida al ruso en 1919.

Las colaboraciones de Meyrink para esta revista denotaban cierto gusto por lo macabro y lo surrealista, algo que hacía difícil encontrar los límites entre la sátira y el relato fantástico. Sus sátiras atacaban sin piedad la doble moral de la sociedad burguesa de la monarquía austrohúngara y le granjearon, sobre todo por sus invectivas contra el ejército, una merecida fama entre los intelectuales liberales, al tiempo que se ganó también, como no podía ser de otra forma, las críticas de los nacionalistas. Entre las más conocidas se encuentran las tituladas *Sarajevo* (*Sarajewo*) y *Carnoglobina* (*Schöpsoglobin*): en la primera, el autor describe una guerra ficticia, en el transcurso de la cual los ejércitos austrohúngaros toman por asalto la ciudad de Sarajevo, una acción a través de la que se pone de manifiesto que el cuerpo de oficiales es el auténtico causante de la decadencia del imperio; en la segunda, un científico descubre una vacuna que inocular el patriotismo y se la inyecta a simios, que transforman su comportamiento, un claro reflejo de los hábitos de los que usualmente hacían gala los militares. Los

escritos se difundieron como la pólvora, seguramente porque ambas sátiras daban en el blanco al dibujar a la perfección la situación social y política de los momentos anteriores a la Primera Guerra Mundial.

La publicación de estos textos, no obstante, arreció las críticas contra el autor. La persona de Meyrink, sobradamente conocida, ofrecía además muchos aspectos que atacar, de manera que las críticas a menudo no tenían como objeto la obra, sino simplemente la propia persona del autor, de quien muchos querían vengarse. Aunque con el tiempo Meyrink fue inclinándose cada vez más hacia lo fantástico, de manera que la sátira como forma literaria pasó en su obra a un segundo plano, no por ello pudo evitar que las críticas contra su persona continuaran, y tal vez sea precisamente a la acumulación de opiniones negativas sobre él mismo a lo que se deba en parte el olvido en el que cayó su obra durante un largo periodo de tiempo.

En 1904, coincidiendo con su traslado a Viena, Meyrink fue nombrado redactor jefe del periódico *El buen Agustinus (Der liebe Augustin)*<sup>[8]</sup>, un diario absolutamente independiente, tanto en el aspecto económico como en el de opinión, que pronto dejó de editarse debido precisamente a su falta de financiación. En 1905, no obstante, abandonó la ciudad y pasó dos años enteros viajando sin parar, hasta que se asentó definitivamente en Múnich. Al igual que en Praga, donde Meyrink había mantenido contactos con el grupo de los conocidos como «Jóvenes de Praga», entre los que se contaban Paul Leppin, Richard Teschner y Oskar Wiener, entabló aquí contacto con un amplio círculo de literatos, entre los que se encontraban Egon Friedell, Roda Roda, Ludwig Ganghofer y Ludwig Thoma, y frecuentó los círculos más destacados del momento, situados principalmente en los cafés Stefanie y Luitpold, a los que acudían entre otros Erich Mühsam, Frank Wedekind, Kurt Martes y Heinrich Mann. Aquí, tras el fracaso del periódico vienés, Meyrink se propuso fundar él mismo una revista, que llevaría el

nombre de *Gante (Gent)* y vería la luz en septiembre de 1913, y con la que se proponía golpear directamente a la cara al gusto imperante en el Múnich de la época; pero el proyecto no pasó de contactos diversos con posibles fuentes de financiación y colaboradores, y nunca llegó a hacerse realidad.

Su primer gran periodo de producción literaria gira, por tanto, en su práctica totalidad en torno a escritos de este tipo, periodísticos, ensayos y prosa breve, y alcanza su punto álgido y final con la publicación de su primera novela, *El gólem* (1915). Con ella se abre su segundo gran periodo de producción literaria, en el que disminuye su actividad para la revista, lo cual, evidentemente, supuso también una reducción de sus ingresos, que trató de paliar realizando algunas traducciones de obras de Dickens entre los años 1909 y 1914. Como hecho anecdótico y muy representativo de la personalidad de Meyrink, cabe mencionar su afirmación de haber realizado estas traducciones sirviéndose del «dictáfono», un aparato inventado por Edison en 1907: sus conocimientos de inglés le permitían leer el texto inglés original e irlo traduciendo en voz alta al alemán y recogiéndolo simultáneamente en este aparato. El editor, Kurt Wolff, acostumbrado a las exageraciones del escritor, nunca creyó que Meyrink realizara las traducciones de esa forma, al igual que tampoco creía en la existencia de tal aparato. En cualquier caso, afirmaciones como estas permiten encontrar a un Meyrink que, a pesar de su inclinación por el ocultismo, no perdió nunca el sentido de lo pragmático ni tampoco la conciencia crítica, pues allí donde los relatos de Dickens le resultaban demasiado pesados, retocaba el texto o eliminaba los pasajes sin más. Que el trabajo intensivo en la obra del inglés no pasó sin dejar huella es algo que puede percibirse asimismo en la lectura de *El gólem*.

Es precisamente también durante este periodo cuando Meyrink da sus primeros pasos en la composición de obras teatrales. Las primeras son solo narraciones escritas con an-

terioridad que reelabora para la escena. Más tarde, a partir de 1911, empieza una colaboración con Alexander Roda Roda (1872-1945), a quien conocía del *Simplicissimus*, que da como resultado un total de cuatro comedias. Pero las diferencias entre ambos por los *royalties* que debían corresponder a cada uno llevaron a Meyrink a tomar la drástica decisión de dejar el teatro, si bien mantuvo hasta 1914 un encargo del *ballet* de San Petersburgo e incluso acarició la idea de fundar un teatro de marionetas. Diversos proyectos que tampoco dieron frutos y que Meyrink planeó durante este periodo fueron, entre otros, un ensayo titulado «Libro de los venenos. Un tratado nada botánico» y la colaboración en un volumen de parodias, en el que Kurt Wolff le había invitado a participar y que hubiera podido ser para él una buena posibilidad de criticar duramente a Sigmund Freud, Friedrich Hegel, Heinrich Mann, Rudolf Steiner o Karl May, con cuyas ideologías no comulgaba en absoluto.

Wolff supo también aprovechar sus excelentes conocimientos sobre las ciencias ocultas para que elaborara informes sobre manuscritos que llegaban a la editorial Fischer o que otras editoriales ofrecían a Wolff para su publicación. Además de como lector, Meyrink trabajó también como editor para varias casas editoriales, entre las que destacan Barth y Propyläen por la calidad de sus publicaciones. Entre 1921 y 1924 editó para Rikola diversos volúmenes de la serie «Novelas y libros de magia», todos los cuales acompañó siempre de una introducción.

Incluso el Ministerio de Asuntos Exteriores trató de aprovechar sus conocimientos de ocultismo para llevar a cabo el proyecto de una película planeado como respuesta a la propaganda inglesa, pero el proyecto nunca se llegó a realizar. Asimismo se le propuso para investigar el papel de la masonería en el origen del conflicto bélico, y se le envió una caja llena de materiales a tal fin, la cual desapareció de forma misteriosa, lo que impidió que pudiera iniciarse la investigación.

En lo que se refiere a su producción literaria, el ocultismo se refleja en ella de una forma diferente a la de otros autores que recogen también en sus obras fenómenos de carácter sobrenatural: si E. T. A. Hoffmann había tratado en sus textos el fenómeno del mesmerismo, E. A. Poe el del magnetismo y Villiers de l'Isle Adam el del espiritismo, para Meyrink no existe un solo objeto de curiosidad intelectual, sino muchos: espiritismo, alquimia, astrología, teosofía, parapsicología, yoga, cabalística, tao y un largo etcétera. Tal vez esto, unido al uso por vez primera de la forma larga de la novela, fuera el elemento causante de las muchas dificultades que Meyrink encontró durante el proceso de redacción de *El gólem*. Como primera prueba documental de que estaba trabajando en la novela ya en 1907 se ha conservado una carta a Alfred Kubin, fechada el 19 de enero de ese mismo año, en la que solicitaba su colaboración para ilustrar el texto y le prometía enviarle al cabo de unos días las primeras veintiséis páginas. La correspondencia posterior entre ambos es una buena prueba documental de las muchas dificultades que Meyrink experimentó durante el proceso de redacción y de negociación con diversas editoriales, a través de las cuales trataba de obtener mejores condiciones económicas. La colaboración con Kubin no tuvo lugar debido precisamente a la constante insatisfacción del autor con los capítulos de su obra, que, a menudo, rechazaba hasta tres y cuatro veces seguidas. Inspirado, no obstante, por las ilustraciones que había hecho para *El gólem*, Kubin escribió una novela propia, *El otro lado (Die Andere Seite)*, que publicó en 1909.

Y es que la influencia de la prosa breve, a la que Meyrink estaba acostumbrado y que dominaba a la perfección, le impedía constantemente el desarrollo de una forma de mayor extensión como lo era la de la novela, hasta el extremo de que el influjo de sus muchos años de experiencia con esta forma menor se percibe a lo largo de toda ella, tanto en los pasajes de contenido satírico como en la homoge-

neidad de la propia obra que, a veces, da la impresión de ser un montaje de episodios, un conglomerado de relatos breves, en cada uno de los cuales es posible identificar diferentes tramas argumentales. A ello se une además la fusión de ficción y autobiografía presente también en todo el texto, en el que Meyrink introduce conocidas escenas de la época: la historia del ladrón y asesino Babinski, de la que se reeditaron doce versiones diferentes entre 1862 y 1880, y que era sobradamente conocida por todo posible lector de la novela; o la del erudito doctor Hulbert, jefe de una banda de mendigos y ladrones, conocida en Praga por el nombre de «Batallón» y que se había convertido en toda una leyenda en la ciudad, así como la del músico que amenizaba sus veladas con su cítara, Lojsitschek, y que en la novela aparece como el tabernero del mismo nombre. De los personajes, algunos recuerdan también a diversos miembros del círculo de los Jóvenes de Praga: los dos amigos de Pernath, Vrieslander y Zwakh, son reminiscencias de los pintores y escultores Richard Teschner y John Jack Vriesländer. El poeta Oskar Wiener también aparece mencionado con unos versos de su poema *Sobre el último día (Vom letzten Tage)*. Y cuando al final de la obra el nombre de Pernath es confundido con el de Pascheles o Pereles, Meyrink está haciendo con ello una clara referencia al editor de «Sippurim», una legendaria colección praguense<sup>[9]</sup>.

Meyrink pensaba tener concluida la novela en 1908; en este sentido al menos se expresaba en una carta a su editor Albert Langen, quien le había recordado que debía enviarle un manuscrito para el *Simplicissimus*, en la que le pedía ocho días de plazo en los que pensaba poner fin a la obra. Los ocho días, no obstante, se convirtieron finalmente en cinco años. Aun con todo, un primer resultado del largo periodo de composición fue la publicación en 1911 del primer capítulo en la revista *Pan*. El fragmento, que en la versión final llevaría el título de «Praga», apareció con el nombre de «El chamarilero Wassertrum». La publicación de este extrac-